



Trump vs. Venezuela: lecciones para México

El reciente despliegue naval de EU en aguas del Caribe -con más de 4 mil 500 elementos, buques de guerra y submarinos-, no es ninguna sorpresa: es un eslabón más en la cadena de tensiones que han caracterizado la relación entre Washington y Caracas durante el segundo mandato del presidente Trump. De hecho, tampoco es inédito: el primero sucedió en 2020.

No obstante, este episodio ilustra la incertidumbre que caracteriza las decisiones de política exterior de la actual administración estadounidense. Nos encontramos ante acciones y declaraciones que podrían ser deliberadamente ambiguas, resultado de un cálculo estratégico para confundir, como fue el caso previo al ataque a Irán. Pero también podría ser simplemente el resultado de una política errática, articulada a partir de acciones espectaculares, pero que no necesariamente tienen objetivos bien definidos.

De ahí que resulta oportuno valorar distintos escenarios y moderar las expectativas. El desenlace menos probable es el de una invasión militar que implique “botas sobre el terreno”. Los incentivos no parecen suficientes, mientras que los costos serían demasiado altos. Al interior del propio gobierno persisten profundas divisiones sobre el involucramiento militar estadounidense en operaciones externas -visible ante todo en la guerra de Ucrania, e incluso palpable respecto a Israel-. Construir un consenso político y social para respaldar una intervención militar en Venezuela sería un desafío enorme para la Casa Blanca.

Algo más plausible pudieran ser acciones acotadas contra objetivos específicos del crimen organizado; pero, incluso en esta hipótesis, la experiencia reciente sugiere que las demostraciones de fuerza no son necesariamente el preludio de acciones militares, sino más bien instrumentos de negociación de Trump.

México debe seguir de cerca el curso de este episodio. El peor escenario -aunque improbable- de una operación militar directa y exitosa que Trump logre presentar mediáticamente como una victoria, establecería un precedente peligroso para nuestro país. Sobre todo, porque sus bases más aislacionistas podrían ver con buenos ojos una excepción a esta regla en el caso de la lucha contra el fentanilo, que perciben como un desafío local. Si ese desenlace favorece un consenso sobre la efectividad de acciones unilaterales, nos encontraríamos en una posición muy adversa.

En ese contexto, tenemos la oportunidad de transformar la dinámica bilateral: transitar de exigencias propias de una relación asimétrica hacia la cooperación voluntaria entre dos socios con objetivos compartidos. México puede convertirse en un aliado estratégico que decide colaborar, antes que un país subordinado que se ve obligado a hacerlo.

*
“Construir un consenso político y social para respaldar una intervención militar en Venezuela sería un desafío enorme para la Casa Blanca”.